



Tres poemas

Por Mohsen Emadi

¿No dejé, señorita, mi sombrero en tu voz?
— Sí, ¡pero se lo llevó el viento!
¿Y qué pasa con mis zapatos?
— Están ahí, dos gorriones anidan en ellos.

Corro.

Me desnudo.

La lava de tu voz me envuelve.

No tengo tiempo para respirar.

En el umbral de la ascensión y la caída
me convierto en piedra.

Siglos más tarde

una foto mía se publicará:

de pie, en las ruinas de la erupción de Pompeya,
descalzo,

sin sombrero.

1



Ilustración: Valeria Flores

Tu historia hace mi eternidad menor.

Una capacidad incalculable se dispersa en el aire, hace estrechas las aceras, cambia los nombres de los callejones.

Mi eternidad está esperando una fecha preguntándole a los transeúntes qué hora es.

En la distancia entre la inquietud y la duda, la nieve de la montaña se derrite, el agua ahoga la calle.

Alguien camina bajo el agua. Alguien se sienta en los tableros flotantes.

Sobre una mesa, un hombre toca un violín. Bajo el agua, una mujer toca un piano.

El violín está en llamas: su voz se aleja del fuego y se arroja al agua. El piano se oxida y se pudre: su voz sube a la superficie del agua.

El hombre toma la voz del piano en sus manos quemadas. La mujer coge la voz del violín en sus manos marchitas.

Las voces se miran a los ojos. Ambos mendigan. La mujer está flotando en el agua. El hombre está flotando en el agua.

La voz de tus pasos proviene de las profundidades del agua. La calle está muda. Desaparece.

Mi eternidad se sienta en un café, vierte el té, toma tu mano. Tu historia vuelve tormentoso el té.

Las puertas del café se cierran de golpe. Tus manos se esconden debajo de la mesa. Tus caricias se me escapan. Tu voz huye.

Una capacidad incalculable está sentada en la mesa de al lado.

Estoy flotando en el agua. Desapareces.

2



Ilustración: Gustavo Contreras



Ilustración: Gustavo Contreras



En mí muchas mujeres y en ti muchos hombres
han sido enterrados.
Las sonrisas, los besos, las promesas
se pudrieron, se convirtieron en fertilizantes.
Algunos fueron enterrados vivos.
Algunos buscaban tesoros y murieron por encanto
y otros de manera natural.
Sus fantasmas
suben a las escaleras de la casa del tanatopractor,
utilizan sus llaves para bailar alrededor de un nuevo cadáver,
alrededor de nosotros las linternas parpadean.
Los lobos aúllan.

Los sepulcros familiares están llenos de fosas comunes.
Las tumbas desconocidas de los labios están besadas una sola vez.
Los cementerios andan por las calles,
suben en el coche,
van al trabajo,
sus palabras son prestadas, huelen a tierra en la lluvia,
cepillos salvajes, rosas,
salen de sus cuellos.

La ciudad se crecía.
Los bulldozers cavaban las memorias.
No crecía ningún recuerdo sobre el asfalto de las calles.
Ninguna vela se incendiaba.
Los fantasmas quedaban asombrados en las escaleras.

Aislado,
fuera del plan de la ciudad
te besaba.
La niebla llenaba mi boca.
Fantasmas hembra bailaban sobre mi piel.
Tu falda era de tierra.
Mis pies amasaban tu cuerpo.
Nos mezclábamos:
rojo con rojo.
Nos hicieron arcilla de tejados en un horno.

Cada noche,
en los tejados,
gota por gota,
murmuramos.



Mohsen Emadi es poeta, traductor, cineasta y activista de origen iraní. Ha vivido en varios países europeos antes de llegar a México en el año 2012. Es autor de varios poemarios en lengua persa, castellana e inglés que abordan el exilio, la otredad y el amor. Actualmente colabora en proyectos culturales de diversas instituciones, como la UNAM, la UAEM y el Gobierno del Estado de México. Además, Emadi se naturalizó mexicano en el año 2020.